HERODÍAS

POR

Gustavo FLAUBERT 1821-1880

I

La ciudadela de Machærus levantábase al Este del Mar Muerto, en un picacho de basalto, de figura cónica. Rodeábanla cuatro profundos valles, dos a los lados, uno en frente y otro detrás, a mayor distancia. Junto a su base agrupábanse casas, en un recinto cuya muralla serpenteaba por el terreno escabroso, y mediante un camino tortuoso abierto en las rocas la ciudad se enlazaba con la fortaleza, cuyos muros medían ciento veinte codos de alto y presentaban numerosos ángulos, almenas y varias torres, que eran como los florones de aquella corona de piedras, inclinada sobre el abismo.

En el interior veíase un palacio adornado con pórticos y cubierto por una galería en cuya balaustrada, de madera de sicomoro, figuraban estacas a propósito para sostener un velario.

Cierta mañana, al despuntar la aurora, el Tetrarca Herodes-Antipas vino a reclinarse en los balaustres y miró en torno suyo.

Las montañas, a sus pies, empezaban a descubrir sus cimas, en tanto que el resto de su mole se ocultaba en la sombra de los abismos. La niebla que flotaba se disipó y aparecieron los contornos del Mar Muerto. El alba, que nacía por

Machærus, esparcía una luz roja. Bien pronto se iluminaron las arenas de la playa, las colinas, el desierto, y a lo lejos, todos los montes de Judea, que mostraban sus escarpadas laderas grises. En el centro, Engaddi trazaba un barrote negro ; Hebrón se hundía y se redondeaba como una cúpula ; Esquol se engalanaba con granados ; Sorek, con viñas ; Karmel, con campos de sésamo, y el enorme cubo de la torre Antonia dominaba a Jerusalén. El Tetrarca apartó la vista para contemplar, a su derecha, las palmeras de Jericó, y pensó en las demás ciudades de su Galilea : Cafarnaum, Endor, Nazareth y Tiberiades, que acaso no volvería a visitar. En tanto el Jordán se deslizaba por la árida llanura. Enteramente blanco, deslumbraba como un manto de nieve. El lago parecía de lapislázuli, y en su punta meridional, al lado del Yemem, Antipas reconoció lo que temiera divisar. Obscuras tiendas mostrábanse diseminadas ; hombres armados de lanzas corrían entre los caballos, y las hogueras, al extinguirse, brillaban cual centellas a flor de tierra.

Eran los soldados del rey de los árabes, de quien había repudiado una hija para unirse a Herodías, mujer de uno de sus hermanos, que vivía en Italia sin ambición de mando.

Antipas esperaba el auxilio de los romanos ; y como tardase en llegar Vitelio, gobernador de Siria, subió de punto su inquietud.

Agrippa le había sin duda malquistado con el emperador. Su tercer hermano Filipo, soberano de Batanea, se armaba en secreto. Los judíos detestábanle por sus prácticas de idolatría ; los demás aborrecían su dominación ; de tal suerte que vacilaba entre dos proyectos : ganar con promesas a los árabes o aliarse con los parthos, y bajo pretexto de celebrar su aniversario, había invitado para aquel mismo día, reuniéndoles en un festín, a los caudillos de sus tropas, a los intendentes de sus campiñas y las personalidades de Galilea.

Su mirada vivaz escudriñó los caminos. Aparecían desiertos. Por cima de él volaban águilas ; los soldados dormían en toda la extensión del adarve ; nada se movía en el castillo.

De súbito una voz lejana, que parecía salir de las profundidades de la tierra, hizo palidecer al Tetrarca. Se inclinó

para escuchar ; no se oía nada. Volvió a sonar la voz, y él palmoteó, gritando :

—¡ Mannaei, Mannaei !

Acudió un hombre desnudo de cintura arriba, al igual que los bañeros. De elevada estatura, viejo, enflaquecido, llevaba los cabellos recogidos por una peineta, lo que hacía parecer más ancha su frente. Un cuchillo con vaina de bronce golpeaba sus muslos. Sus ojos soñolientos carecían de brillo, pero sus dientes resplandecían ; el cuerpo entero tenía la flexibilidad del mono y los pies pisaban ligeramente el suelo ; su rostro presentaba la impasibilidad del de una momia.

—¿ Dónde está ?—preguntó el Tetrarca.

Mannaei le indicó con el pulgar un objeto que se encontraba detrás de ellos, diciendo :

—¡ Ahí, como siempre !

—¡ Me pareció oirle !

Y cuando hubo respirado libremente, Antipas pidió nuevas de Jaokanann, el mismo a quien los latinos llaman san Juan Bautista.

¿ Se había vuelto a ver a los dos hombres que por favor especial habían penetrado en el calabozo, y se sabía al fin qué intención les moviera en su visita ?

Mannaei respondió :

—Cambiaron con él palabras misteriosas, como los ladrones, de noche, en las encrucijadas. En seguida se fueron a la Alta Galilea, anunciando que eran portadores de una gran noticia.

El Tetrarca bajó la cabeza, y aterrado exclamó :

—¡ Vigílale ! ¡ vigílale ! ¡ Y no dejes entrar allí a nadie ! ¡ Cierra la puerta ! ¡ Ciega el foso ! ¡ Que ni aun puedan sospechar que vive !

Antes de recibir estas órdenes, Mannaei las cumplía, porque Jaokanann era judío y él, como buen samaritano, aborrecía a los judíos.

Desde el reinado de Hyrcan ya no existía el templo de Garizim, designado como centro de Israel por Moisés ; y el de Jerusalén les irritaba porque lo creían un ultraje y una perenne injusticia. Mannaei había entrado en él a fin de profanar el ara con huesos de muerto. Sus compañeros, menos

diligentes, habíanse dejado sorprender y perecieron decapitados.

Lo vió entre dos colinas. El sol hacía resplandecer sus muros de mármol blanco y las láminas de oro de su techumbre. Era como una montaña luminosa, algo sobrehumano, que todo lo aplasta bajo el peso de su opulencia y su orgullo.

Extendió entonces los brazos hacia Sion, y erguido el cuerpo, la cabeza echada atrás, con los puños levantados, le lanzó un anatema, creyendo en la virtualidad de sus palabras.

Antipas le oía sin la menor sorpresa.

El samaritano añadió :

—Se agita por momentos, querría huir, espera ser libertado. Otras veces tiene el aspecto tranquilo de un animal enfermo, o se le ve andar en medio de las tinieblas, repitiendo : «¿ Qué importa ? Para que él crezca, preciso es que yo disminuya.»

Las miradas de los dos hombres se cruzaron. Pero el Tetrarca estaba cansado de meditar.

Aquellos montes a su alrededor, semejantes a escalones de grandes ondas petrificadas, las negras simas en la pendiente de la costa acantilada, la inmensidad del cielo azul, el brillo intenso del día, la profundidad de los abismos le turbaban, y sentíase anonadado al contemplar el desierto, que forma en lo quebrado de sus terrenos anfiteatros y palacios derruídos. El cálido viento traía, con el olor del azufre, algo semejante a la exhalación de las ciudades malditas, sepultadas a mayor profundidad que las imágenes bajo las pesadas aguas. Estas señales de una cólera inmortal le aterraban, y permanecía apoyado en la balaustrada, con los ojos fijos y la cabeza entre las manos. Alguien le tocó. Volvióse. Frente a él estaba Herodías.

*

* *

Una cimarra de ligera púrpura la cubría desde el cuello a los pies. Habiendo salido precipitadamente de sus aposentos, no lucía ni collares ni pendientes ; la trenza de sus negros cabellos rodeábale un brazo y se hundía por el extre-

mo entre sus pechos. Las alas de su nariz levemente arremangada palpitaban ; la alegría del triunfo reflejábase en su rostro ; y oprimiendo las manos del Tetrarca, con voz fuerte dijo :

—¡ César nos ama ! ¡ Agrippa está preso !

—¿ Quién te lo ha dicho ?

—¡ Lo sé !

Y añadió :

—¡ Es por haber deseado el imperio para Cayo !

A la vez que vivía de sus limosnas, había pretendido la corona, que ellos también codiciaban. ¡ Pero no más temores en el porvenir.

—Los calabozos de Tiberio se abren difícilmente, y alguna vez no se vive en ellos seguro—terminó Herodías.

Antipas lo comprendió, y si bien se tratase de una hermana de Agrippa, la odiosa aspiración parecióle justificada. Tales asesinatos eran la consecuencia natural de los hechos, una fatalidad de las casas reales. En la de Herodes, se había perdido la cuenta de los crímenes.

Inmediatamente descubrióle ella su empresa : los clientes comprados, las cartas descubiertas, espías en todas las puertas, y de qué modo había conseguido seducir a Eutiques el delator.

—¡ No me costaba nada ! ¿ No hice por tí algo más ?... ¡ He dado mi hija !

En efecto, después de su divorcio había dejado en Roma a aquella niña, creyendo que tendría hijos del Tetrarca. Nunca le hablaba de la primra. El se preguntaba la razón de tal acceso de ternura.

Se había desplegado el velario y trajeron para ellos anchos cojines. Herodías se tendió allí y lloraba vuelta de espaldas. En seguida se pasó la mano por los párpados, diciendo que no quería pensar más en sus cosas, que era feliz ; y le recordó sus coloquios en el atrio, sus entrevistas en el baño, sus paseos por la Vía Sagrada, al caer de la tarde, entre el murmullo de las fuentes, bajo arcos de flores, en la campiña romana. Se miraba como en otro tiempo y se estregaba contra su pecho, con ademán de caricia. El la rechazó. ¡ Estaba ahora tan lejos el amor que ella trataba de reavivar ! Y de este amor derivaban todos los males ; porque la guerra

duraba hacía casi doce años. Por ella había envejecido el Tetrarca. Sus hombros encorvábanse bajo la oscura toga, de franja violeta; tenía canas en la barba, y el sol, que atravesaba el velario, bañaba en luz su pensativa frente. La de Herodías se había arrugado también, y delante uno de otro, mirábanse de un modo sombrío.

En la montaña empezaban ya a poblarse los caminos. Veíanse pastores que aguijaban sus bueyes, niños montados en asnos, palafreneros que guiaban caballos. Los que bajaban de las cumbres al otro lado de Máchærus desaparecían tras el castillo; otros subían por la quebrada del frente y al llegar a la ciudad descargaban sus bagajes en los patios. Eran los proveedores del Tetrarca, y criados que precedían a sus huéspedes.

A la izquierda, en el fondo de la galería apareció un esenio de estoica apariencia, vestido de blanco y con los pies desnudos. Mannaei se lanzó por el lado derecho puñal en mano.

Herodías gritó:

—¡Mátale!

—¡Detente!—exclamó el Tetrarca.

El servidor se paró; el otro también.

En seguida se retiraron, cada cual por una escalera diferente, andando hacia atrás, sin dejar de mirarse.

—Le conozco—dijo Herodías—. Se llama Fanuel y trata de ver a Jaokanann, a quien tienes la ceguera de conservar la vida.

Antipas objetó que podía utilizarle algún día. Sus declaraciones contra Jerusalén les atraerían al resto de los judíos.

—¡No!—repuso ella—. Todos aceptan un amo y son incapaces de formar una patria. En cuanto al agitador que seduce al pueblo con esperanzas acariciadas desde Nehemías, lo mejor fuera suprimirle.

Según el Tetrarca, esto no les corría prisa. ¡Peligroso Jaokanann! ¿Por qué? Se mofaba del aserto.

—¡Calla!—le interrumpió Herodías.

Y volvió a referir su humillación, el día que se encaminaba a Galaad para la cosecha del bálsamo.

—A orillas de un río volvían a vestirse los campesinos,

En un montículo, a corta distancia, un hombre peroraba. Ceñía a su cintura una piel de camello, y su cabeza semejaba la del león. Luego que me vió, escupió sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus pupilas llameaban; su voz rugía, y levantaba los brazos como si fulminase una amenaza. ¡ Imposible huir ! Las ruedas de mi carro se hundían hasta el eje en la arena ; y me alejé despacio, cubriéndome con el manto, helada por aquellas injurias, que caían como lluvia tempestuosa.

Jaokanann le impedía vivir. Los soldados tenían orden de apuñalarle si después de preso y atado, se resistía ; él había dado muestras de la mayor docilidad. Se había echado serpientes en su prisión ; todas habían muerto.

La inutilidad de estos ardides exasperaba a Herodías. ¿ Por qué le había declarado tan sañuda guerra? ¿ Qué interés le movía? Sus arengas dirigidas a la multitud se habían difundido, se propagaban por todas partes, llenaban el espacio. Ella hubiera alardeado de bravura en un combate contra legiones. Pero aquella fuerza, más perniciosa que la de las espadas y que no podía reprimirse, era pasmosa.

Y Herodías paseaba por la galería y palidecía de cólera, faltándole palabras para expresar su indignación.

Temía también que el Tetrarca, cediendo a la opinión, se atreviese a repudiarla. ¡ Entonces todo estaría perdido! Desde su niñez, acariciaba el ensueño de un vasto imperio. Para lograrlo había abandonado a su primer esposo y se había unido con el que, tal vez, la engañaba.

—¡ Buen apoyo he ganado con ser tuya !—dijo de pronto.

—¡ El mejor de todos ! — replicó sencillamente el Tetrarca.

Herodías sintió hervir en sus venas la sangre de los sacerdotes y los reyes, sus antepasados.

Y exclamó :

—¡ Pero si tu abuelo barría el templo de Ascalón ! Y los otros ascendientes tuyos eran pastores, bandidos, camelleros, una horda tributaria de Judá desde el advenimiento del rey David. ¡ Mis mayores han vencido a los suyos ! El primero de los Makkabi os echó de Hebron ; Hyrcan os obligó a circuncidaros.

Y exhalando el desdén de la patricia por el plebeyo, el

odio de Jacob contra Edom, le reprochó su indiferencia a los ultrajes, su blandura con los fariseos, que le traicionaban, su cobardía con el pueblo, que le detestaba.

—Eres como él, confiésalo—añadió—, y echas de menos a la joven árabe que baila en torno de las piedras. ¡ Vuelve a tomarla ! ¡ Vete a vivir con ella en su casa de tela ! ¡ Devora su pan cocido en el rescoldo ! ¡ Haz los requesones de sus ovejas ! ¡ Besa sus azules mejillas ! ¡ Y olvídame !

El Tetrarca no le prestaba atención. Contemplaba la azotea de una casa donde, al lado de una vieja que sostenía un quitasol de mango tan largo como la caña de un pescador, aparecía una joven. En medio del tapiz una gran cesta de viaje hallábase aún abierta. Estaba llena de cinturones, velos y aderezos de orfebrería. Alguna vez la joven se inclinaba hacia aquellos objetos y los agitaba en el aire. Vestía, como las romanas, una túnica realzada con bordados y un peplo de bellotas de esmeralda ; y cordones azules sujetaban su cabellera, harto pesada, y a la que, sin duda para sostenerla mejor, llevaba con frecuencia su mano. La sombra del quitasol la ocultaba a veces.

Antipas divisó en dos o tres ocasiones su cuello delicado, el ángulo de un ojo o de la diminuta boca. Pero veía de la cintura a la nuca todo el cuerpo, al inclinarse para enderezarse de un modo clásico. Aguardaba ese movimiento y su respiración era cada vez más fuerte ; sus ojos lanzaban llamas. Herodías le observaba.

El Tetrarca preguntó :

—¿ Quién es ?

Herodías dijo ignorarlo y se fué, súbitamente calmada.

*
* *

Aguardaban a Herodes-Antipas, en los pórticos, galileos, el maestro de las escrituras, el jefe de los parthos, el administrador de las salinas y un judío de Babilonia, capitán de sus jinetes. Le saludaron con una aclamación. En seguida él se marchó hacia sus aposentos.

Fanuel se presentó en la esquina de un corredor.

—¡ Ah ! ¿ Otra vez ? ¿ Vienes sin duda por Jaokanann ?

—¡ Y por tí ! Tengo que participarte algo importantísimo.

Y sin separarse de Antipas, penetró tras él en un aposento.

La luz entraba por una celosía, reflejándose a lo largo de la cornisa. Las paredes estaban pintadas de color granate, casi negro. En el fondo veíase un lecho de ébano con tiras de vaqueta. Encima, un escudo de oro relucía como el sol.

Antipas cruzó toda la sala y se tendió en el lecho.

Fanuel estaba de pie. Levantó su diestra y en actitud profética dijo :

—El Altísimo a cada instante nos envía uno de sus hijos. Al número de éstos pertenece Jaokanann. Si le oprimes, serás castigado.

—¡ El es quien me persigue !—exclamó Antipas—. Exigió de mí una cosa imposible. Desde entonces me molesta. ¡ Y al principio yo no me mostré duro ! ¡ Ha llegado al extremo de enviar desde Machærus a las provincias hombres que trastornan mi reino ! ¿ Qué quieres que haga ? ¡ Puesto que me ataca, me defiendo !

—Sí, su ira es por demás violenta—replicó Fanuel—. ¡ No importa ! ¡ Hay que libertarle !

—¡ No se da suelta a las fieras !—dijo el Tetrarca.

El esenio replicó :

—¡ Cese tu inquietud ! Se dirigirá a los árabes, a los galos, a los escitas. ¡ Su obra debe extenderse hasta los confines de la tierra !

Antipas parecía absorto en una visión.

—¡ Grande es su poder—dijo.— ¡ A pesar mío, le amo !

—¿ De modo que recobrará su libertad ?

El Tetrarca movió la cabeza. Temía al desconocido, a Mannaei, a Herodías.

Fanuel trató de persuadirle alegando, en garantía de sus propósitos, la sumisión de los esenios a los reyes. Se respetaba a aquellos hombres sencillos, indomables aun por el suplicio, vestidos de lino y que leían en las estrellas el porvenir.

Acordóse Antipas de una sus recientes frases, y le preguntó :

—¿ Qué es lo que me anunciabas como importante ?

Presentóse un negro. El polvo blanqueaba su cuerpo. Jadeaba y sólo pudo decir :

—¡ Vitelio !

—¡ Qué ! ¿ Ha llegado ?

—Le he visto. ¡ Antes de tres horas estará aquí !

Los tapices de los corredores se agitaron, como impulsados por el viento. Un rumor llenó el castillo ; tumulto de gentes que corrían, de muebles que alguien arrastraba, de vajillas que se rompían. Y en lo alto de las torres sonaban las bocinas llamando a los esclavos dispersos.

II

Los muros estaban llenos de gente cuando entró Vitelio. Apoyábase en el brazo de su intérprete y les seguía una gran litera roja adornada con plumas y espejos. Lucía la toga, el laticlavio y los borceguíes de un cónsul y rodeábanle lictores.

Colocaron en la puerta sus doce haces, varas atadas por medio de una correa y con un hacha en medio. Entonces todos se inclinaron ante la majestad romana.

La litera, conducida por ocho hombres, se detuvo. Salió de ella un adolescente de grueso abdomen, de cara herpética y con las manos cubiertas de perlas. Ofreciósele una copa llena de vino y de aromas. La apuró y pidió otra.

El Tetrarca había caído a los pies del procónsul, doliéndose en voz alta de no haberle conocido antes. De lo contrario, hubiera dispuesto en las carreteras todo lo necesario para recibir a un Vitelio.

Este descendía de la diosa Vitelia. La vía que va del Janículo al mar llevaba aún su nombre. Las cuesturas y los consulados abundaban en la familia ; y en cuanto a Lucio, su huésped al presente, forzoso era honrarle como vencedor de los Clitos y padre de aquel joven Aulo, que parecía volver a sus dominios, puesto que el Oriente era la patria de los dioses. Antipas pronunció estas palabras en latín. Vitelio las oyó impasible.

Respondió que el gran Herodes bastaba para la gloria de una nación. Los atenienses le habían concedido la superintendencia de los juegos olímpicos. Había erigido templos en honor de Augusto, se había manifestado paciente, ingenioso, terrible y siempre adicto a los Césares.

Por entre las columnas de capiteles de bronce, se vió a Herodías avanzar con arrogancias de emperatriz, rodeada de mujeres y eunucos que en bandejas de plata dorada sostenían perfumes encendidos.

El procónsul avanzó en su dirección tres pasos y la saludó con una inclinación de cabeza.

—¡ Qué dicha !—exclamó ella, segura de que en lo sucesivo Agrippa, el enemigo de Tiberio, no podría perjudicarles.

El ignoraba lo sucedido ; aquella mujer se le antojó peligrosa ; y como Antipas proclamase su adhesión al emperador, Vitelio añadió :

—¿ Aun en detrimento de los demás ?

Había obtenido rehenes del rey de los parthos y el emperador le había olvidado, porque Antipas, que asistía a la entrevista, para acreditarse de sagaz, había enviado al punto un mensaje. De ahí un odio profundo y la tardanza en los prometidos auxilios.

El Tetrarca balbuceó una excusa. Pero Aulo dijo, riendo :

—¡ Tranquilízate, estás bajo mi protección !

El procónsul fingió no haberle oído. La fortuna del padre dependía de la infamia del hijo ; y aquella flor del cieno de Caprea le procuraba beneficios tan considerables, que aun desconfiando de ella, por creerla venenosa, rodeábala de cuidados.

En la puerta se produjo un tumulto. Aparecieron buen número de mulas blancas, en las que cabalgaban individuos con trajes sacerdotales. Eran saduceos y fariseos, a quienes la misma ambición impulsaba hacia Machærus, porque los primeros querían alcanzar la dignidad del sacrificador y los demás conservarla. Sus rostros manifestaban enojo, especialmente los de los fariseos, enemigos de Roma y del Tetrarca. Los vuelos de su túnica les impedían moverse con desembarazo, y su tiara vacilaba en la cabeza por cima de cintas de pergamino cubiertas de caracteres escritos.

Casi al mismo tiempo llegaron los soldados de la vanguardia. Habían colocado en sacos sus escudos, para protegerlos contra el polvo ; y detrás de ellos caminaba Marcelo, lugarteniente del cónsul, con los publicanos, que llevaban bajo el brazo tablillas de madera.

Antipas designó a los notables de su séquito : Tolmar, Kanthera, Sehon, Ammonio de Alejandría, que le compraba asfalto, Naaman, capitán de sus vélites y Jacim el babilonio.

Vitelio se había fijado en Mannaei.

—¿ Y ese, quién es ?—dijo.

Con un ademán el Tetrarca dió a entender que se trataba del verdugo.

En seguida le presentó los saduceos.

Jonathás, hombrecillo de fáciles modales y que hablaba griego, pidió al dueño les honrase con una visita a Jerusalén. El aludido les dejó entrever que iría.

Eleazar, el de nariz picuda y larga barba, reclamó para los fariseos el manto del gran sacerdote, prenda secuestrada en la torre Antonia por la autoridad civil.

Inmediatamente los galileos denunciaron a Poncio Pilatos. Persiguiendo a un loco que buscaba los vasos de oro de David en una caverna, junto a Samaria, había dado muerte a varios habitantes ; y todos hablaban a la vez, distinguiéndose Mannaei por la violencia de sus palabras. Vitelio afirmó que se castigaría a los criminales.

Resonaron imprecaciones frente a un pórtico, donde los soldados habían colgado sus escudos. Abiertas las fundas, veíase en los *umbo* la imagen de César. Para los judíos era esto un caso de idolatría. Antipas les tranquilizó, en tanto que Vitelio, acomodado en un alto asiento, en la columnata, se admiraba de su furor. Razón había tenido Tiberio al desterrar a cuatrocientos de ellos a Cerdeña. Pero en su patria eran los más fuertes, y ordenó retirar los escudos.

Entonces rodearon al procónsul, implorando medidas de justicia, privilegios, limosnas. Se rasgaban sus vestidos y se aplastaban ; con objeto de despejar el sitio, esclavos armados de palos distribuían golpes a derecha e izquierda. Los que estaban más próximos a la puerta bajaron el centro ; otros subían ; incesante reflujo les movía ; dos corrientes se cruzaban en la multitud que oscilaba, contenida entre los muros.

Preguntó Vitelio a qué venía tanta gente. Antipas alegó el festín de su aniversario, y mostró a muchos de sus servidores, que desde las almenas izaban grandes cestas de carne, de frutas, de legumbres : antílopes y cigüeñas, anchos pescados de color azul, uvas, sandías, granadas en número incalculable. Aulo, sin poder contenerse, voló a las cocinas, impulsado por aquella glotonería que debía sorprender al universo.

Al pasar junto a una cueva, divisó marmitas semejantes a corazas. Las examinó y exigió que le abriesen los cuatro subterráneos de la fortaleza.

Estaban cavados en la roca y formaban elevadas bóvedas, con pilastras de trecho en trecho. El primero contenía viejas armaduras ; en el segundo abundaban las picas, cuyo hierro salía de un copete de plumas. El tercero parecía tapizado de esteras de caña ; tan grande era el número de delgadas flechas colocadas perpendicularmente, unas junto a otras. Hojas de cimitarra cubrían las paredes de la cuarta estancia. En medio de la quinta, hileras de cascos formaban con sus cimeras como un batallón de rojas serpientes. En la sexta veíanse sólo aljabas ; en la séptima, crémides ; en la octava, brazales ; en las siguientes, horquillas, arpeos, escalas, cuerdas y aun mástiles para las catapultas y cascabeles para el pretal de los dromedarios ; y como la montoña era de ancha base, labraba en su interior como una colmena, bajo esas estancias había otras en mayor número y más profundas.

Vitelio, Finear su intérprete y Sisenna, jefe de los publicanos, recorríanlas a la luz de antorchas sostenidas por tres eunucos.

En la sombra se columbraba instrumentos abominables inventados por los tártaros : rompecabezas guarnecidos de clavos, dardos que emponzoñaban las heridas, tenazas parecidas a mandíbulas de cocodrilo ; en resolución, el Tetrarca poseía en Machærus pertrechos de guerra para cuarenta mil hombres.

Habíalos reunido en previsión de una alianza de sus enemigos. Mas el procónsul podía creer o simplemente decir que era para combatir a los romanos, y buscaba una explicación plausible.

No pertenecían al Tetrarca ; muchos servían para defenderse de los bandidos ; también se utilizaban contra los árabes ; o bien todo aquello procedía de su padre. Y en vez de marchar tras el procónsul, precedíale sin detenerse. De súbito se apoyó en el muro, cubriéndolo con su toga y con los brazos en cruz ; pero la alta puerta excedía de su cabeza. Vitelio lo notó y quiso saber qué se encerraba tras de ella.

Sólo podía abrirla Jacim el babilonio.

—¡ Llamadle !—ordenó el procónsul.

Aguardaron a que viniese.

Su padre había abandonado las márgenes del Eufrates para ofrecerse con quinientos jinetes al gran Herodes, que

peleaba en la frontera oriental. Desmembrado el reino, Jacim sirvió a Filipo y a la sazón estaba al lado de Antipas.

Presentóse con un arco al hombro y un látigo en la mano. Cordones multicoles oprimían sus torcidas piernas. Los brazos musculosos salían de una túnica sin mangas y un gorro de pieles ensombrecía su rostro, en el que la barba se rizaba en anillos.

En un principio pareció no comprender al intérprete. Pero Vitelio dirigió una mirada al Tetrarca, que repitió en seguida su orden. Entonces Jacim apoyó sus manos en la puerta. Esta se hundió en el muro.

Una bocanada de aire caliente se exhaló de las tinieblas. Bajaron una escalera de caracol y llegaron al umbral de una gruta, más extensa que los otros subterráneos.

En el fondo del precipicio abríase una arcada que por aquel lado defendía la fortaleza. Una madreselva prendida a la bóveda dejaba caer sus flores a la plena luz. Al nivel del suelo rumoreaba un hilo de agua.

Había allí como un centenar de caballos blancos, que comían cebada en un pesebre al alcance de su boca. Tenían todos las crines pintadas de azul, los cascos cubiertos con un tejido de esparto y sus copetes caían sobre el frontal como pelucas. Con su larga cola golpeaban blandamente sus jarretes. El procónsul quedó mudo de admiración.

Eran animales maravillosos, flexibles cual serpientes, ligeros como aves. Corrían tanto como la flecha del jinete, derribaban a los hombres mordiéndoles en el vientre, trotaban ligeros entre las rocas, saltaban por cima de los precipicios, y durante un día entero podían galopar frenéticamente por la llanura ; una palabra bastaba a detenerles.

Al entrar Jacim se dirigieron hacia él como carneros que acuden al encuentro del pastor, y estirando el cuello le miraban inquietos con sus ojos de niño. Por costumbre él lanzó un grito gutural, que les alegró en extremo, y se encabritaban, deseosos de espacio, pidiendo correr.

Temeroso de que Vitelio se los llevase, Antipas les había encerrado en aquel lugar, destinado a los animales en caso de asedio.

—¡ Mal establo !—dijo el procónsul—. Corres el riesgo de perderlos. ¡ Haz el inventario, Sisenna !

El publicano sacó del cinto una tablilla, contó los caballos y apuntó su número.

Los agentes de las compañías fiscales corrompían a los gobernadores, a fin de saquear las provincias. Aquél todo lo husmeaba con su mandíbula de garduña y sus párpados movibles.

Por último volvieron al patio.

Rodajas de bronce cubrían aquí y allá, en medio de las losas, las cisternas. El publicano observó una mayor que las demás y que no tenía bajo sus talones la menor sonoridad. Las golpeó todas, una tras otra, y luego aulló :

—¡ Lo tengo ! ¡ lo tengo ! ¡ Aquí está el tesoro de Herodes !

La busca de tesoros era una locura en los romanos.

No existía aquél, según el Tetrarca.

Pues, entonces, ¿ qué había debajo ?

—¡ Nada ! Un hombre, un preso—explicó Antipas.

—Veámosle—dijo Vitelio.

El Tetrarca no obedeció ; los judíos podían conocer su retrato. Su resistencia impacientaba a Vitelio.

—¡ Romped la entrada !—gritó a los lictores.

Mannaei adivinó lo que les preocupaba. Al ver un hacha, creyó que iban a decapitar a Jaokanann ; detuvo al lictor, que ya había asestado un hachazo en la rodaja, deslizó entre ésta y las losas una especie de garfio, y luego, tendiendo sus largos y delgados brazos, levantóla despacio, y quedó un hueco.

Todos admiraron la fuerza de aquel anciano.

Bajo la tapa forzada de madera, se descubría un escotillón de igual circuito.

De un puñetazo se abrió por la mitad ; entonces se vió un agujero, un foso enorme al que daba vuelta una escalera sin baranda, y los que se inclinaron al borde divisaron algo espantoso y vago.

Un ser humano estaba tendido en el suelo, bajo sus largos cabellos, que se confundían con el pelaje de bestia con que cubría su espalda.

Levantóse. Su frente tocaba una reja clavada horizontalmente, y de vez en cuando desaparecía en las profundidades del pozo.

El sol hacía brillar la punta de las tiaras, el pomo de las espadas, calentaba en extremo las losas, y palomas que ten-

dían su vuelo desde los frisos giraban por cima del patio. Era la hora en que Mannaei solía echarles la comida. Este se hallaba en cuclillas frente al Tetrarca, que se encontraba de pie al lado de Vitelio. Los galileos, los sacerdotes y los soldados formaban detrás un corro ; callaban todos, poseídos de ansiedad, en espera de lo que iba a suceder.

Ante todo resonó un suspiro, lanzado con voz cavernosa.

Herodías lo oyó desde la parte opuesta del palacio. Dominada por una fascinación atravesó la multitud, e inclinándose sobre la cisterna, con una mano en el hombro de Mannaei, aplicó el oído.

Una voz se alzó, diciendo :

—¡ Ay de vosotros, fariseos, saduceos, raza de víboras, odres hinchados, címbalos resonantes !

Habíase reconocido a Jaokanann. Su nombre voló de labio en labio. Acudió más gente en tropel.

—¡ Ay de tí, oh pueblo !—siguió diciendo el Bautista—. ¡ Maldición sobre vosotros, traidores de Judá, borrachos de Efraim, los que habitáis el fértil valle y os tambaleáis con los vapores del vino !

»Disipaos como el agua que fluye, como el gusano que se funde mientras camina, como el aborto de una mujer al que no es dado ver el sol.

»Tendrás que refugiarte, Moab, en los cipreses, cual los gorriones, en las cavernas como los campañoles. Las puertas de las fortalezas se romperán más pronto que cáscaras de nuez, se derrumbarán los muros, arderán las ciudades ; y ya no se detendrá más el azote del Eterno. Revolverá vuestros miembros en vuestra sangre, como vestigios de lana en la cuba del tintorero. ¡ Os desgarrará como un rastrillo nuevo ! ¡ Esparcirá por las montañas los pedazos de vuestra carne !»

¿ A qué conquistador se refería ? ¿ A Vitelio ? Unicamente los romanos podían realizar semejante empresa. Se oyeron quejas :

—¡ Basta ! ¡ basta ! ¡ que termine !

El profirió con mayor vehemencia :

—Los pequeñuelos se arrastrarán por la ceniza en pos del cadáver de su madre. Se irá de noche a buscar el pan a través de los escombros, en medio de las espadas. Los chacales se disputarán las osamentas en la plaza pública, donde conver-

saban a la tarde los viejos. ¡Tus vírgenes, reprimiendo el llanto, pulsarán la cítara en los festines del invasor, y tus hijos más esforzados doblarán sus hombros, agobiados por excesiva carga!

Volvía el pueblo a ver los días de su destierro, todas las catástrofes de su historia. Aquellas palabras eran las del profeta antiguo, que Jaokanann lanzaba como dardos una tras otra.

Luego la voz se volvió dulce, armoniosa, musical. Anunciaba una liberación, esplendores del cielo, el recién nacido hurgando con su brazo en la caverna del dragón, el oro en vez de la arcilla, el desierto abriéndose como una rosa, y añadió:

—Lo que hoy vale sesenta kiccars costará menos de un óbolo. Fuentes de leche brotarán de las rocas. ¡Nos dormiremos en los lagares con el vientre lleno! ¿Cuándo vendrás, cuándo vendrá aquel a quien espero? Con anhelo se arrodillan todos los pueblos, y tu dominación será eterna, Hijo de David!

El Tetrarca retrocedió un paso, porque la existencia de un hijo de David le ultrajaba como una amenaza.

Jaokanann le acriminó su realeza, exclamando:

—¡No hay otro rey que el Eterno!

Y le recordó sus jardines, sus estatuas, sus muebles de marfil, como los del impío Achab.

Antipas rompió el cordón del sello que llevaba al pecho y lo arrojó al foso, ordenando al preso que callara.

La voz respondió:

—¡Gritaré como un oso, como un asno salvaje, como una mujer en el alumbramiento!

«¡Estás castigado por tu incesto y Dios te aflige con la esterilidad del mulo!»

Estallaron risas, que chocaban entre sí al igual que ondas del mar.

Se obstinó Vitelio en quedarse. El intérprete repetía con tono indiferente, en lengua romana, todos los dicterios proferidos por Jaokanann en la suya. Así el Tetrarca y su esposa los oían dos veces. El se estremecía, al paso que Herodías, inmóvil, contemplaba el fondo del pozo.

El hablador porfiado echó hacia atrás la cabeza, y asiéndo-

se a los barrotes, pegó a ellos su rostro, que semejaba una maleza en la que brillasen ascuas.

—¡Ah! ¡eres tú, Jezabel!—exclamó.

Le has robado el corazón con el crujido de tus sandalias. Relinchabas como una yegua. ¡Colocaste tu lecho en los montes para realizar tus sacrificios!

El Señor arrancará tus pendientes, tus vestidos de púrpura, tus velos de lino, los anillos de tus brazos, las sortijas de tus pies, así como las medias lunas de oro que tiemblan en tu frente, tus espejos de plata, tus abanicos de plumas de avestruz, los escarpines de nácar, que aumentan tu estatura, el orgullo de tus diamantes, el perfume de tus cabellos, la pintura de tus uñas, todos los artificios de tu belleza... ¡Y faltarán los guijarros para lapidar a la adúltera!

Ella buscó en derredor con la mirada alguien que la defendiese. Los fariseos bajaban hipócritamente los ojos. Los saduceos volvían la cabeza, por miedo a ofender al procónsul. Antipas parecía próximo a morir.

La voz se ahuecaba, aumentaba, rugía con fragor de trueno, y repetida por los ecos de la montaña, hacía retemblar el castillo.

—¡Revuélcate en el polvo, hija de Babilonia! ¡Hoy, que muelan el trigo! ¡Quítate el cinturón, abandona tu calzado, arregázate, vadea los ríos! ¡Descubierta quedará tu vergüenza, tu oprobio será visto! ¡Tus sollozos romperán tus dientes! ¡El Eterno execra la hediondez de tus crímenes! ¡Maldita! ¡maldita! ¡Revienta como una perra!

Cerróse el escotillón; volvió a caer la tapa. Mannaei quería estrangular a Jaokanann.

Desapareció Herodías. Los fariseos estaban escandalizados. En medio de ellos, Antipas se justificaba.

—Claro está—decía Eleazar—que debe tomarse la mujer del hermano; pero Herodías no era viuda, y además tenía un hijo, lo que constituye la abominación.

—¡Error! ¡error!—objetó el saduceo Jonathás—. La ley condena esos matrimonios, sin proscribirlos en absoluto.

—¡No importa!—exclamó Antipas—. Os mostráis injustos conmigo; porque al cabo Absalón yació con las mujeres de su padre, Judá con su nuera, Ammón con su hermana y Lot con sus hijas.

Aulo, que acababa de dormir la siesta, apareció en aquel momento. Sabedor de lo ocurrido, aprobó la conducta del Tetrarca. No había que tomar en serio tales simplezas ; y se rió mucho de la reprobación de los sacerdotes y del furor de Jaokanann.

Desde el pórtico, Herodías le habló.

—¡ No es cosa de reirse, Señor ! ¡ El maldito prohibe al pueblo pagar los impuestos !

—¿ Eso es verdad ?—preguntó rápidamente el publicano.

Las respuestas fueron en general afirmativas. El Tetrarca las apoyaba.

Creyó Vitelio que el preso podía evadirse ; y como la conducta de Antipas le pareciera sospechosa, colocó centinelas en las puertas, en toda la extensión del muro y en el patio.

En seguida se encaminó a sus aposentos. Los diputados de los sacerdotes le acompañaron.

Sin tratar de la cuestión del sacrificio, cada cual emitía sus quejas.

Todos le molestaban. Les despidió.

Disponíase Jonathás a marcharse, cuando vió en una almena al Tetrarca, que departía con un hombre de larga cabellera, vestido de blanco—un esenio— ;y se arrepintió de haberle apoyado.

Una reflexión tranquilizaba al Tetrarca. Jaokanann no dependía ya de él ; los romanos se encargarían del preso. ¡ Qué alivio ! Fanuel pasaba a la sazón por el adarve.

Le llamó y designando a los soldados, le dijo :

—¡ Disponen de la fuerza ! ¡ No puedo libertarle ! ¡ No es mía la culpa !

El patio estaba desierto. Los esclavos descansaban. Bajo la claridad roja del cielo, que encendía el horizonte, los menores objetos perpendiculares se destacaban en un fondo negro. Antipas distinguía las salinas al otro extremo del Mar Muerto, y ya no vió las tiendas de los árabes. Sin duda habían partido. Levantábase la luna ; la paz descendió a su corazón.

Fanuel, rendido, dobló la cabeza sobre el pecho. Por último reveló lo que debía decir.

Desde que principiara el mes observaba el cielo antes del alba, y la constelación de Perseo se hallaba en el cénit. Agala

se mostraba apenas, Algol brillaba menos, Mira-Cœti se había eclipsado ; y de esto deducía la muerte de un hombre distinguido aquella misma noche, en Machærus.

¿ Quién ? Vitelio estaba bien custodiado. No se daría muerte a Jaokanann.

—¡ Soy yo !—pensó el Tetrarca.

Quizá volvieran los árabes. ¡ El procónsul descubriría sus negociaciones con los parthos ! Sicarios de Jerusalén escoltaban a los sacerdotes ; todos llavaban puñales ocultos bajo sus vestiduras ; y el Tetrarca no dudaba de la ciencia de Fanuel.

Concibió la idea de recurrir a Herodías. Ciertamente lo odiaba ; pero ella le inspiraría valor ; y aun no estaban rotos todos los lazos del maleficio que antes sufriera.

Al entrar en su aposento, el cinamomo ardía en una taza de pórfido, y polvos, ungüentos, telas parecidas a nubes, bordados más ligeros que plumas, se esparcían por doquier.

No mentó la predicción de Fanuel, ni habló de su temor a los judíos y los árabes ; ella le hubiera tachado de cobarde. Sólo se refirió a los romanos ; Vitelio nada le había dicho de sus proyectos militares. Suponíale amigo de Cayo, que a su vez lo era de Agrippa ; y le mandarían al destierro o quizá le cortaran la cabeza.

Herodías, con indiferencia desdeñosa, trató de calmarle. Por último sacó de un cofrecillo una singular medalla, adornada con la imagen de Tiberio. Aquello bastaba para detener a los lictores y disipar toda acusación.

Agradecido Antipas, preguntóle cómo había llegado a su poder.

—Me la han dado—repuso ella.

Bajo un tapiz avanzó un brazo desnudo, juvenil, encantador y como torneado en marfil por Policleto. Con movimiento algo torpe y a un tiempo gracioso hendía el aire, para coger una túnica olvidada en un escabel, junto a la pared.

Una vieja la tomó suavemente, separando la cortina.

El Tetrarca se acordó de algo que no podía precisar.

—¿ Es tuya esa esclava ?—dijo.

—¿ Qué te importa ?—respondió Herodías.

III

Los invitados llenaban la sala del festín. Esta tenía, al igual que una basílica, tres naves, separadas por columnas de madera de algumim, con capiteles de bronce admirablemente esculpidos. Encima aparecían dos galerías de tragaluces, y otra de filigrana de oro se encorvaba en el fondo, frente a una cripta enorme, que se abría en el extremo opuesto.

Candelabros que ardían en las mesas alineadas en toda la extensión del recinto, semejaban haces de fuego entre las copas de barro pintado y los platos de cobre, los cubos de nieve y los montones de uvas ; pero estas luces rojas se desvanecían progresivamente, a causa de la altura del techo, y puntos luminosos lucían como estrellas en la noche a través de los árboles. Por la abertura de una amplia ventana distinguíase antorchas en las galerías de las casas ; porque Antipas obsequiaba a sus amigos, a su pueblo y a todos los que se habían presentado.

Esclavos espabilados como perros y calzados con sandalias, corrían por todas partes llevando bandejas.

La mesa proconsular ocupaba, bajo la tribuna dorada, un estrado de tablas de sicomoro. Tapices de Babilonia lo cubrían como una especie de baldaquino.

Tres lechos de marfil, uno en el frente y dos a los lados, sostenían a Vitelio, su hijo y Antipas ; el cónsul se hallaba junto a la puerta, a la izquierda. Aulo a la derecha y el Tetrarca en medio.

Vestía este último pesado manto negro, cuya trama desaparecía bajo diversos colores, y mostraba arrebol en los pómulos, la barba cortada en figura de abanico y la cabellera empolvada de azul, ceñida por una diadema de piedras preciosas. Vitelio conservaba su tahalí de púrpura, que trazaba una diagonal en la toga de lino. Aulo se había hecho atar a la espalda las mangas de su túnica de seda violeta, recamada de plata. Los bucles de su cabellera formaban gradas y un collar

de zafiros resplandecía en su pecho, opulento y blanco como el de una mujer. A su lado, sobre una estera y con las piernas cruzadas, mostrábase un bellísimo niño, que sonreía sin cesar. Le había visto en las cocinas, ya no podía prescindir de él y acertando apenas a recordar su nombre caldeo, le llamaba sencillamente «Asiático». De vez en cuando se tendía en su triclinio y entonces sus pies desnudos dominaban la asamblea.

En aquel lado sentábanse los sacerdotes y los oficiales de Antipas, habitantes de Jerusalén, las personalidades de las ciudades griegas; y debajo del procónsul, Marcelo con los publicanos, amigos del Tetrarca, personajes de Kana, Tolemaida, Jericó; y luego, confundidos, montañeses del Líbano y los veteranos de Herodes; doce tracios, un galo, dos germanos, cazadores de gacelas, pastores de Idumea, el sultán de Palmira, marinos de Eziongaber. Cada uno tenía frente a sí una galleta de blanda pasta para enjugar sus dedos; y los brazos, alargándose como cuellos de buitre, tomaban aceitunas, alfónsigos, almendras... Todos los semblantes irradiaban gozo, bajo las coronas de flores.

Los fariseos habían rechazado éstas, por tratarse de un abuso romano. Estremeciéronse cuando se les hisopeó con incienso y gálbano, composición reservada a los usos del templo.

Aulo frotó con ella sus sobacos; y Antipas le prometió un cargamento entero, con tres cestas del verdadero bálsamo que hiciera desear a Cleopatra la Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberiades, recién llegado, se había acomodado detrás de él para referirle acontecimientos extraordinarios. Pero su atención se compartía entre el procónsul y lo que se hablaba en las mesas inmediatas.

Trataban de Jaokanann y de otros de su ralea.

¡Simón de Gittoi lavaba los pecados con fuego...! Cierto Jesús...

—¡El peor de todos!—prorrumpió Eleazar—. ¡Qué infame embaucador!

A espaldas del Tetrarca levantóse un hombre pálido como los bordados de su clámide. Bajó del estrado y apostrofando a los fariseos, exclamó:

—¡Mentira! ¡Jesús hace milagros!

Antipas deseaba verlos, y dijo:

—¡Debieras traérmele! ¡Explícate!

Entonces refirió que él, Jacob, teniendo enferma a su hija, se había dirigido a Cafarnaum para pedir al Señor se dignase curarla. El Señor había respondido: «¡Vuelve a tu casa; está curada!» Y la había encontrado en el umbral, por haber abandonado el lecho en el preciso instante en que el gnomon del palacio señalaba la hora tercera, en que hablaba Jesús.

Los fariseos objetaron que ciertamente existían prácticas, hierbas eficaces. Allí mismo, en Machærus, se encontraba alguna vez el baaras, que hace invulnerable; pero curar sin ver ni tocar era cosa imposible, a menos que Jesús no se prevaliera de los demonios.

Y los amigos de Antipas, los notables de Galilea, repitieron, moviendo la cabeza:

—Los demonios, indudablemente.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, callaba con altiva dulzura.

Le excitaban a que hablase, diciéndole:

—¡Demuestra su poder!

Se encogió de hombros y en voz baja, lentamente, cual si le asustasen sus propias palabras:

—¿No sabéis, según eso, quién es el Mesías?

Todos los sacerdotes se miraron, y Vitelio pidió la explicación de la palabra «Mesías».

Su intérprete tardó un minuto en responder.

Llamaban así a su libertador, que debía proporcionarles el goce de todos los bienes y la dominación de todos los pueblos. Algunos afirmaban que se debía contar dos. El primero sería vencido por Gog y Magog, demonios del Norte; pero el otro exterminaría al Príncipe del Mal; y hacía siglos que de un momento a otro debía venir.

Habiéndose puesto de acuerdo los sacerdotes, Eleazar habló.

En primer lugar, el Mesías sería hijo de David, y no de un carpintero, y confirmaría la ley. Aquel nazareno la atacaba, y existía el argumento decisivo de que debía venir precedido de Elías.

Jacob replicó:

—¡Pero si Elías ha venido ya!

—¡Elías, Elías!—repitió la multitud hasta el extremo opuesto de la sala.

Todos vieron en su imaginación a un viejo entre una manada de cuervos ; el rayo encendiendo un altar ; pontífices idólatras arrojados a las simas, y en las tribunas las mujeres pensaban en la viuda de Sarepta.

Jacob se obstinaba en repetir que le conocía. ¡ Le había visto ! ¡ Y el pueblo también !

—¡ Su nombre !—oyóse decir.

Entonces gritó con toda la fuerza de sus pulmones :

—¡ Jaokanann !

Antipas cayó como herido en mitad del pecho. Los saduceos se habían lanzado sobre Jacob. Eleazar peroraba para hacer que le escuchasen.

Cuando se hubo restablecido el silencio, se envolvió en su manto, y como un juez, empezó a interrogar.

—Sentado que el profeta ha muerto...

Un murmullo le interrumpió. Se creía que Elías hubiese solamente desaparecido.

Eleazar la emprendió contra la multitud, y prosiguiendo su investigación, dijo :

—¿ Creéis que ha resucitado ?

—¿ Por qué no ?—replicó Jacob.

Los saduceos encogiéronse de hombros ; Jonathás, abriendo mucho sus ojillos, se esforzaba por reir como un bufón. Nada tan necio como la pretensión del cuerpo a la vida eterna ; y enderezó al procónsul el siguiente verso de un poeta contemporáneo :

Nec crescit, nec post mortem durare videtur.

Aulo se había inclinado sobre el borde del triclinio, sudorosa la frente, lívido, oprimiéndose con ambas manos el vientre.

Los saduceos simularon una gran emoción ; al día siguiente se les devolvió la dignidad del sacrificador ; Antipas afectaba desesperarse ; Vitelio permaneció impasible. Y no obstante, su ansiedad era extremada, porque con su hijo perdía toda su fortuna.

Aun no había vomitado toda su comida, y ya quiso Aulo atiborrarse de nuevo.

—¡ Dadme—gritó—raspadura de mármol, esquisto de Nasos, agua de mar, cualquier cosa ! ¿ Y si tomase un baño ?

Tragó nieve, y luego, dudando entre una terrina de Comagena y mirlos rosa, se decidió por confitura de calabaza. El asiático le contemplaba asombrado, porque aquel poder de tragazón denotaba un ser prodigioso y de raza superior.

Sirviéronse riñones de toro, lirones, ruiseñores, albóndigas en pámpanos ; y los sacerdotes discutían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo de Filón el Platónico, los reputaba de imbéciles y se lo decía a los griegos, que se mofaban de los oráculos. Marcelo y Jacob estaban juntos. El primero explicaba al segundo la dicha que había sentido bajo el bautismo de Mithra, y Jacob le excitaba a seguir a Jesús. Los vinos de palmera y de tamariz, los de Jafet y de Biblos, manaban de las ánforas a las cráteras, de las cráteras a las copas, de las copas a los gaznates. Se charlaba y dilatábanse los corazones. Un mercader de Afaka maravillaba a los nómadas explicándoles los misterios del templo de Hierápolis ; y ellos le preguntaban cuánto les costaría la peregrinación. Otros persistían en su religión natal. Un germano casi ciego, cantaba un himno celebrando aquel promontorio de Escandinavia en que aparecen los dioses envueltos en la luz de su mirada ; y gentes de Siquem se abstuvieron de comer tórtolas por deferencia a la paloma Azima.

Muchos hablaban de pie en medio de la sala, y el vapor de los hálitos, con el humo de los candelabros, llenaba de niebla el aire. Fanuel pasó a lo largo de las paredes. Había observado otra vez el firmamento, pero no se acercaba al Tetrarca, temiendo las manchas de aceite que, para los esenios, constituía un gran pecado.

Se oyeron golpes dados en la puerta del castillo.

Sabíase que Jaokanann estaba allí detenido. Hombres provistos de antorchas trepaban por el sendero ; la multitud hormigueaba en la quebrada ; y aullaban de vez en cuando :

—¡ Jaokanann ! ¡ Jaokanan !

—¡ Nos aguará la fiesta !—dijo Jonathás.

—Si esto sigue así no tendremos dinero—añadieron los fariseos.

Prorrumpióse en recriminaciones :

—¡ Protégenos.

—¡ Acabemos de una vez !

—¡ Abandonas la religión !

—¡ Impío como todos los Herodes !

—¡ Menos que vosotros !—replicó Antipas—. ¡ Mi padre edificó vuestro templo !

Entonces, los fariseos, los hijos de los proscritos, los secuaces de los Matathías, acusaron al Tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían cráneos puntiagudos, barbas incultas, manos débiles y traidoras, o el rostro achatado, con grandes ojos redondos, lo mismo que los perros dogos. Una docena de ellos, escribas y criados de los sacerdotes, alimentados con el derecho de los holocaustos, precipitáronse hacia el estrado ; y con cuchillos amenazaron a Antipas, que les exhortaba a la paz, en tanto que los sacerdotes le defendían flojamente. Vió a Mannaei y le hizo seña de que se marchase, porque la actitud de Vitelio daba a entender que tales cosas no le interesaban.

Los fariseos, que permanecían en sus triclinios, se encendieron en furor demoníaco. Rompieron los platos que tenían frente a sí. Se les había servido el guisado predilecto de Mecenas, la carne inmunda del asno salvaje.

Aulo les satirizó a propósito de la cabeza de asno, la que al parecer honraban, y profirió otros sarcasmos tocante a su horror por el puerco. Sin duda se debía a que la grasinta bestia había matado a su Baco ; y amaban excesivamente el vino, puesto que se había descubierto en el templo una vid de oro.

Los sacerdotes no comprendieron sus palabras. Fineas, de origen galileo, se negó a traducirlas. Entonces Aulo se irritó en extremo, con tanto mayor motivo, cuanto que el asiático, aterrorizado, había huído ; y la comida le disgustaba, los platos eran vulgares y estaban mal presentados. Calmóse al descubrir colas de oveja siria, que se distinguen por su grasa.

El carácter de los judíos parecía horrible a Vitelio. Podía acontecer que su dios fuese Moloch, del que había encontrado altares en su camino ; y los sacrificios de niños volvieron a su imaginación, junto con la leyenda del hombre por ellos engordado misteriosamente. Su corazón latino palpitaba de aversión hacia aquella intolerancia, aquella rabia ico-

noclasta, aquella ceguedad brutal. Quiso partir. Aulo se negó a ello.

Con la túnica caida hasta la cintura, yacía tras un montón de manjares, sintiéndose demasiado ahito para comerlos, pero sin querer abandonarlos.

Aumentó la exaltación del pueblo. Se abandonaron a proyectos de independencia. Recordábase la gloria de Israel. Todos los conquistadores habían sido castigados : Antígono, Craso, Varo...

—¡ Miserables !—aulló el procónsul, que conocía el siriaco, aunque se valía del intérprete para ganar tiempo en las respuestas.

Sin pérdida de tiempo, Antipas sacó la medalla del emperador, y mirándola tembloroso, la mostró por el lado de la imagen.

De súbito se corrieron los tableros de la tribuna de oro, y al resplandor de los cirios, entre guirnaldas de anémona y rodeada de sus esclavos, apareció Herodías, coronada de una mitra asiria sujeta a su frente por un barboquejo ; sus cabellos ensortijados se extendían por un peplo escarlata, abierto a lo largo de las mangas. En medio de dos mónstruos de piedra semejantes a los del tesoro de los Atridas y que se apoyaban en la puerta, parecíase a Cibeles recostada en sus leones ; y desde lo alto de la balaustrada que dominaba al Tetrarca, empuñó una pótera y gritó :

—¡ Larga vida a César !

Este homenaje lo repitieron Vitelio, Antipas y los sacerdotes.

Y en seguida brotó del fondo de la sala un zumbido de sorpresa y de admiración. Había entrado una joven.

Bajo el azulado velo que le cubría la cabeza y el seno se distinguían los arcos de sus ojos, las calcedonias de sus orejas, la blancura de su piel. Un chal de seda tornasolada pendía de sus hombros, sujeto a las caderas por un cinto de plata. Los negros calzones estaban recamados de mandrágoras, y de una manera indolente hacía crujir sus menudas babuchas de plumaje de colibrí.

Al subir al estrado, dejó caer su velo. Era como Herodías en su juventud. Luego empezó a bailar.

Sus pies movíanse al ritmo de la flauta y de los crótalos.

Sus torneados brazos llamaban a alguien, que sin cesar huía de ella. Perseguíale más ligera que una mariposa, como un alma vagabunda, como una curiosa Psiquis, y parecía pronta a tender el vuelo.

El sonido fúnebre de las gingras (1) reemplazó a los crótalos. La postración seguía a la esperanza. Sus ademanes revelaban languidez, y su cuerpo entero una voluptuosidad tan rara, que no se sabía si lloraba a un dios o expiraba en una caricia. Con los párpados entornados, arqueaba su cintura, agitaba su vientre con ondulaciones de mar, hacía temblar sus pechos, y su rostro permanecía inmóvil y sus pies no se detenían.

Vitelio la comparó con Mnester, el gran mimo. Aulo seguía vomitando. El Tetrarca se deleitaba en un ensueño y ya no pensaba en Herodías. Creyó verla al lado de los saduceos. La visión se alejó.

Aunque no era una visión. Herodías había hecho educar lejos de Machærus a su hija Salomé, a quien amaría el Tetrarca, lo cual fué una idea excelente. Y entonces veía cumplirse su anhelo.

Surgió el arrebato del amor que quiere ser saciado. Bailó la joven lo mismo que las sacerdotisas de la India, las nubias de las cataratas, las bacantes de Lidia. Se inclinaba en todo sentido semjante a una flor agitada por la tempestad. Saltaban los brillantes de sus orejas, la tela hacía visos en su espalda y brotaban de sus vestiduras centellas invisibles que inflamaban a los hombres. Se oyó el preludio de un arpa ; la multitud prorrumpió en aclamaciones. Sin doblar sus rodillas y separando las piernas, Salomé se encorvó de suerte que su barba tocó al suelo ; y los nómadas acostumbrados a la abstinencia, los soldados de Roma, expertos en amorosas lides, los avaros publicanos, los viejos sacerdotes agriados por las disputas, todos tendieron el cuello y palpitaron de deseo.

En seguida giró en torno de la mesa de Antipas frenéticamente, como la peonza de las brujas.

Y con voz entrecortada por sollozos de voluptuosidad él la llamaba, repitiendo :

—¡ Ven ! ¡ ven !

---

(1) Especie de flauta fenicia.

Giraba ella sin cesar ; los tímpanos resonaban furiosamente y la multitud aullaba. El Tetrarca gritó con mayor fuerza :

—¡ Ven ! ¡ ven ! ¡ Te daré Cafarnaum ! ¡ la llanura de Tiberiades ! ¡ mis ciudadelas ! ¡ la mitad de mi reino ! ¡ lo que quieras !

Ella se apoyó en el suelo con las manos y levantando los pies al aire recorrió el estrado, parecida a un escarabajo gigante ; y se detuvo de pronto.

Su nuca formaba con las vértebras un ángulo recto. Las envolturas de color que rodeaban sus piernas pasando por cima de su espalda, como arcos iris, iluminaban su semblante, a un codo del suelo. Sus labios aparecían pintados, sus cejas negripinas, terribles sus ojos y gotitas en su frente semejaban el rocío en mármol blanco.

No hablaba.

El Tetrarca y ella se contemplaron.

Un chasquido de dedos resonó en la tribuna. La joven subió, reapareció, y ceceando un poco, con voz infantil y dulce, pronunció estas palabras :

—Quiero que me des en un plato la cabeza...—Había olvidado el nombre, pero luego repuso sonriendo :—¡ La cabeza de Jaokanann !

El Tetrarca bajó la suya, anonadado.

Estaba obligado por su palabra, y el pueblo aguardaba. Acaso la muerte predicha por Eleazar, aplicándose a otro, le libraría de todo peligro. Si Jaokanann era el verdadero Elías podría sustraerse a la amenaza ; si no lo era, bien podía matarle.

Mannaei, que estaba a su lado, conoció su intento.

Vitelio le llamó para recordarle la consigna, porque el pozo estaba guardado por centinelas.

Respiró, aliviado. ¡ Dentro de un minuto terminaría todo !

Sin embargo, Mannaei no estaba preparado para la tarea.

Volvió con el semblante demudado.

Desde hacía cuarenta años ejercía las funciones de verdugo. Había ahogado a Aristóbulo, estrangulado a Alejandro, quemado vivo a Matathías, decapitado a Zosimo, Pap-

po, Josefo y Antipáter. ¡ Y no se atrevía a matar a Jaokanann ! Sus dientes castañeteaban, su cuerpo temblaba.

Había visto frente al foso al Angel de los samaritanos, inundado en luz y blandiendo una larga espada, roja y dentada como una llama. Dos soldados venían para justificar su aserto.

No habían visto nada, a no ser un capitán judío que se había arrojado sobre ellos, desvaneciéndose al punto.

El furor de Herodías se desbordó en un torrente de injurias soeces y sangrientas. Se rompió las uñas en la verja de la tribuna, y los dos leones esculpidos parecían morder sus hombros y rugir cual ella.

Antipas la imitó ; los sacerdotes, los soldados, los fariseos pedían venganza ; los demás se indignaban al notar que se interrumpían sus placeres.

Mannaei salió, ocultando el rostro entre sus manos.

Los convidados juzgaron que tardaba más que la primera vez. Todos se fastidiaban.

De pronto se oyó rumor de pasos en los corredores. El malestar se hacía insoportable.

Entró la cabeza ; Mannaei la sostenía por los cabellos en el extremo de su brazo extendido y se enorgullecía con los aplausos.

Cuando la hubo colocado en un plato, la ofreció a Salomé.

Esta subió con presteza a la tribuna ; algunos minutos después la cabeza fué devuelta por aquella vieja a quien el Tetrarca descubriera por la mañana en la galería de una casa, y poco antes en los posentos de Herodías.

Antipas retrocedió por no verla. Vitelio le lanzó una mirada indiferente.

Mannaei bajó del estrado y la mostró a los capitanes romanos y en seguida a los que comían al lado de éstos.

Todos la examinaron.

La hoja cortante del instrumento, deslizándose de arriba abajo, había herido la mandíbula. La boca estaba contraída. Sangre ya coagulada manchaba la barba. Los párpados, cerrados, aparecían descoloridos como conchas.

Los candelabros, en derredor, despedían rayos de luz.

Llegó a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo la volvió

y revolvió curiosamente; Mannaei la afirmó otra vez sobre el cuello y la colocó frente a Aulo, que despertaba de su modorra. A través de las pestañas, las pupilas muertas y las apagadas pupilas parecieron decirse algo.

En seguida Mannaei la presentó al Tetrarca, que derramaba lágrimas.

Se apagaban las antorchas. Los invitados se fueron, y no quedó en la sala más que Antipas, que oprimiéndose las sienes con las manos miraba sin cesar la cabeza cortada, en tanto que Fanuel, de pie en el centro de la gran nave, levantaba los brazos, murmurando una plegaria.

*
* *

Al nacer el día dos hombres, enviados antes por Jaokanann, volvieron con la respuesta largo tiempo esperada.

Participáronla a Fanuel, que la recibió gozoso.

Después les mostró la lúgubre reliquia en el plato, entre los restos del festin. Uno de aquellos hombres le dijo:

—¡Consuélate! ¡Ha descendido adonde están los muertos, para anunciarles el Cristo!

El esenio comprendió entonces el sentido de estas palabras: «Para que él crezca, es preciso que yo disminuya.»

Y los tres, llevándose la cabeza de Jaokanann, partieron hacia Galilea.

Como pesaba mucho, la llevaron alternativamente.